

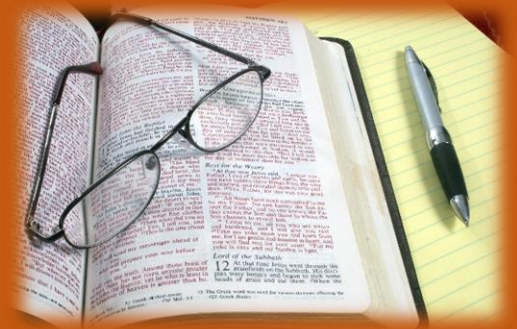


Hermenéutica I

Principios de interpretación

Tercera unidad

Lección 7



Ministerios Didaskalia
Derechos reservados
2020

Lección 7

Cultura y sociología

Pensemos, por ejemplo, en Leviatán (Sal. 74:13 y ss.), el monstruo marino cananeo, o en Rahab, el dragón mitológico (Job 26:12, 13).

Una parte importante de determinadas cartas de los apóstoles revelan marcadas referencias a la cultura y la sociología tanto judía como helénica. En cualquier caso, detrás de las formas de expresión, hemos de distinguir el verdadero contenido histórico o ideológico.

Así, cuando en el Nuevo Testamento leemos acerca de la sangre de Cristo, hemos de recordar el contexto religioso-cultural del Antiguo Testamento. De otro modo, como sugiere W. C. Káiser, fácilmente pensaremos, con mentalidad occidental del siglo XX, en una transfusión de sangre que imparte vida, cuando el sentido bíblico es más bien lo opuesto: vida que se derrama, que se entrega a la muerte, bien que con efectos vivificantes.

Y cuando se habla de redención, no podemos olvidar el contexto sociológico evocado por el verbo exagorazó: la acción de comprar un esclavo mediante el pago de un precio.

Los ejemplos que preceden son suficientes para demostrar que el análisis cultural de las palabras no sólo contribuye a aclarar el sentido de éstas, sino que muchas veces lo enriquece a la par que lo hace más vivo y penetrante.

Afortunadamente, en la mayoría de casos el verdadero

sentido de los vocablos en los originales hebreo o griego ha sido expresado en las traducciones de las versiones más modernas. Una buena traducción es un comienzo de interpretación.

Sin embargo, todavía es necesario precaverse en cuanto a la traducción de ciertas palabras que, o bien conservan en la versión vocablos tradicionales cuyo sentido ya no expresa la idea del original, o bien, en un desmesurado intento de «traducción dinámica», se alejan igualmente de esa idea.

En la palabra metanoeó hallamos un ejemplo de la primera posibilidad. Prescindiendo de las versiones católicas que la traducen por «hacer penitencia», el término más usado para traducirla es «arrepentirse». Mas ¿qué sugiere este verbo la mayoría de lectores? El pesar o remordimiento que se siente por una mala acción.

metanoeó, aunque incluye esta idea, expresa mucho más. Indica, sobre todo, «cambio de mente de quienes han empezado a aborrecer sus errores y malas obras y han decidido comenzar un mejor modo de vivir, de forma que incluye tanto un reconocimiento del pecado y el consiguiente dolor como una enmienda, señales y efecto de la cual son las buenas obras (Mateo 3:8)» (Thayer).

En las traducciones del término dikaióo (justificar) o dikaiosyne (justicia), de uso tan frecuente en los escritos de Pablo, hallamos ilustrados los dos inconvenientes: el de mantener en la versión una palabra tradicional que sugiere conceptos ajenos al pensamiento del autor y el de emplear

vocablos o expresiones más populares que tampoco recogen plenamente la idea original.

Para muchas personas hoy, «justificar» es dar por bueno lo que una persona ha hecho, o bien «probar la inocencia de uno» (quinta acepción según el Diccionario Ideológico de la Lengua Española, por J. Casares). Evidentemente éste no es —no puede ser— el sentido de *dikaioó* en los textos paulinos, en los que toda la argumentación va dirigida a probar no la bondad o la inocencia, sino la culpabilidad de todos los seres humanos.

Algunas de las versiones más recientes, con la mejor intención, traducen «dinámicamente» ese verbo por «poner en la debida relación con Dios» (versión popular del N.T. Dios llega al hombre; Ro. 3:20, 21, 22, 24, 26, etc.), «otorgar amnistía», «rehabilitar» (Nueva Biblia Española; Ro. 3:22 y ss.) «restablecer en la amistad divina»

(La Biblia Interconfesional, Nuevo Testamento, de las Sociedades Bíblicas Unidas, en los mismos textos). Pero en ningún caso es feliz el trasvase de la idea original, que es la de «declarar justo» —en sentido jurídico— al pecador en virtud de los méritos de Cristo y sobre la base de su obra expiatoria en la cruz.

Los principios orientativos que anteceden pueden despejar en la mayoría de los casos el camino para determinar el significado de una palabra. Pero hay en la Biblia algunos vocablos especialmente difíciles, por cuanto aparecen raramente o una sola vez (*hapax legomena*). Incluso puede

darse el caso de que algunos de esos términos apenas se encuentren en otras obras literarias. Su significado entonces, obviamente, sólo puede determinarse —o simplemente conjeturarse— por el contexto y por la comparación con palabras análogas de otras lenguas.

Sirva de ilustración Génesis. 2:6 («Subía de la tierra un vapor que regaba toda la faz de la tierra»). La palabra «vapor» es, en la versión de Reina Valera la traducción del hebreo 'ed, vocablo que sólo se encuentra una vez más en todo el Antiguo Testamento (Job. 36:27).

Aunque esa traducción es considerada como posible, últimamente se ha preferido traducir 'ed por «corriente de agua» procedente de un manantial, a la luz de inscripciones sumerjas y acacias en las que el mismo término significa «río».

Así algunas de las versiones modernas más acreditadas traducen Génesis. 2:6 de los siguientes modos: «un manantial brotaba de la tierra y regaba toda la superficie del suelo» (BJ), «ni había hombre que cultivase la tierra y sacase un manantial de la tierra para regar la superficie del campo» (NBE), «una gran corriente de agua (flood) solía brotar de la tierra y regar toda la superficie del suelo» (NEB), «una avenida de aguas brotaba de la tierra y empapaba el suelo» (ZB).

Aun en el texto de Job 36:27, donde la traducción «vapor» parece más lógica, la NBE da la siguiente versión: «Él va soltando las gotas de agua que bajan como lluvia de sus fuentes»; y la ZB: «Él saca las gotas de agua, las filtra de su

raudal (Flirt) como lluvia.»

Otro ejemplo de hapax legomena es el término *epiousios* (Mateo 6:11 y el pasaje paralelo de Lucas 11:3) en la súplica del Padre nuestro relativa a «nuestro pan». Por eso la frase *lon arton hémón ton epiotís ton epiousion* ha sido diversamente traducida: «el pan nuestro de cada día», «el pan que necesitamos», «el pan del mañana».

En algunas de las versiones de la Biblia más recientes aparecen en notas al pie de página las posibles variantes de traducción de estas singulares palabras, lo que es de gran ayuda en la interpretación de las mismas.

ESTUDIO GRAMATICAL

Una vez más hemos de insistir en que las palabras de un texto no son unidades con existencia propia e independiente. Son miembros de conjuntos orgánicos: la frase, la oración gramatical, el párrafo. Toda palabra está estrechamente vinculada a las que la acompañan y el valor o significado de aquélla es determinado en gran parte por éstas.

Por tal razón, es importante, —aunque no siempre decisivo, como veremos— el estudio de palabras y frases desde el punto de vista gramatical. Se espera que quien realiza un trabajo de exégesis, aunque no sea un especialista ni domine las lenguas originales de la Biblia, tenga por lo menos un conocimiento aceptable tanto de la morfología como de la sintaxis.

No vamos a entrar aquí en detalles sobre las peculiaridades de las gramáticas hebrea o griega. Será conveniente, no obstante, que mencionemos algunos puntos elementales, básicos en toda labor de interpretación.

En español, la construcción sintáctica de la oración admite gran variedad en el orden de sus palabras. El escritor goza de gran libertad para determinar ese orden según el énfasis que quiera dar a cada uno de los elementos, si bien normalmente se coloca en primer lugar el sujeto con sus complementos y a continuación el predicado con los suyos.

Algo semejante ocurre en la lengua hebrea, aunque a la inversa. Su orden sintáctico usual es: complemento circunstancial, radicado y sujeto; pero puede variarse de todas las formas posibles si se quiere cambiar la fuerza expresiva de una palabra. En algunos casos, el énfasis se logra colocando un nombre al principio y sustituyéndolo después por medio de un adjetivo posesivo. Ejemplo: «Dios, perfecto es su camino» (Salmo. 18:3), en vez de: «El camino de Dios es perfecto.»

En el griego del Nuevo Testamento el orden sintáctico es análogo al español: sujeto, predicado y complementos. Cualquier modificación indica, por lo general, el realce que debe darse a una palabra o bien un enriquecimiento del estilo. Numerosos ejemplos lo ilustran. Las bienaventuranzas (Mateo. 5:3-11) empiezan no con el sujeto, sino con el predicado. No se dice: «los pobres de espíritu, los que lloran, los mansos, etc. (sujetos) son bienaventurados» (predicado),

sino que se invierte el orden. La misma inversión encontramos en Hechos. 19:28. «¡Grande (es) Diana (Artemis) de los Efesios!», o en 2 Timoteo. 2:11. «Fiel (es) la palabra.»

Las preposiciones, especialmente en el Nuevo Testamento, deben ser objeto de especial atención, pues a menudo suscitan ambigüedades por su polivalencia. Lógicamente sólo los expertos pueden opinar con autoridad en cuanto a las opciones preferentes ante la variedad de matices o significados que las partículas de la oración pueden entrañar; pero quienquiera que se ocupe en la exégesis ha de tener presente este factor y buscar la orientación necesaria en los mejores diccionarios, gramáticas y comentarios.

Otra cuestión a tener en cuenta es la relativa a la conexión de las frases, oraciones o periodos entre sí. Generalmente viene determinada por las conjunciones. Pero no siempre es así. A veces en los textos bíblicos hay paréntesis, digresiones más o menos largas y cortes bruscos (apiacoltilha) que interrumpen o rompen el hilo del pensamiento central. Para no perder éste, es necesario discernir y delimitar claramente esos incisos y determinar su aportación a la idea capital del pasaje.

En Mateo 10:32, la conjunción «pues» (oun) podría hacernos pensar que lo que sigue («el que me confiese delante de los hombres yo también le confesaré delante de mi Padre...») se deriva de lo que antecede: «Así que no temáis; más valéis vosotros que muchos pajarillos.» (v. 31) Pero esta conexión

sería forzada, carente de lógica.

Lo coherente es relacionar Mateo 10:32, 33 con Mateo 10:5-15, es decir, el confesar a Jesús con la misión evangelizadora encomendada a los discípulos. Los versículos 16-31 son desarrollo de un aspecto de la obra misionera: el enfrentamiento con la persecución, experiencia en la que se pondrá de manifiesto el poder protector de Dios.

En todo caso, el sentido de palabras y frases ha de estar en consonancia con la línea de pensamiento del autor, con el propósito evidente del pasaje. En exégesis, la gramática es una gran ayuda que merece respeto, pero no tiene la palabra final. De otro modo, nos encontraríamos a veces con grandes contradicciones.

Tomemos como ejemplo Lucas 7:47. «Sus muchos pecados le son perdonados, porque (hoti) amó mucho.» la conjunción hoti es causal y correctamente puede traducirse por la española «porque» (así lo hace la Versión Reina Valera 1960) o «por cuanto», «ya que», etc. Pero hacer de ella factor decisivo en la interpretación desfiguraría por completo el sentido clarísimo del relato, en el que sobresale el amor de la mujer como consecuencia y no como causa del perdón de sus pecados.

Esto se corrobora diáfananamente en la segunda parte del mismo v. 47: «más aquel a quien se perdona poco, poco ama». Por eso, con Una interpretación atinada, algunas versiones han traducido: «su mucho amor demuestra que sus muchos pecados son perdonados» (Dios llega al hombre) o,

con mayor elegancia literaria, «quedan perdonados sus pecados, que son muchos; por eso muestra mucho amor» (R.V. 77).

No siempre el significado global de un pasaje será tan fácil de hallar como en el caso que acabamos de exponer; pero no deben regatearse esfuerzos para descubrirlo. Y una vez estamos seguros de cuál es ese significado, él debe regir la semántica y el estudio de la sintaxis en la exégesis de toda porción bíblica.

MODISMOS

Complementando nuestras notas sobre el estudio gramatical de un texto hemos de hacer referencia a los modismos, es decir, a los modos de hablar o escribir que se suelen apartar en algo de las reglas de la gramática y que expresan ideas diferentes de lo que literalmente indicarían sus palabras. Todas las lenguas los tienen.

En español, por ejemplo, cuando decimos que alguien «ha perdido la cabeza», a nadie se le ocurre pensar que a tal persona se le ha desprendido la parte superior de su cuerpo y que ésta ha ido a parar a algún lugar desconocido. Es una manera de decir que se le ha ofuscado la razón. «Comerse con los ojos» a una persona no es una forma insólita de antropofagia, sino mostrar en la mirada vehemente deseo, amor, admiración, etc.

El hebreo y el griego también tienen sus modismos; y, de no discernirlos y descubrir su sentido correcto, corremos el riesgo de interpretaciones erróneas, a veces disparatadas.

Este riesgo es mayor cuando los hebraísmos pasan a griego, como sucede con frecuencia, en traducción literal o cuando, también literalmente, tanto los modismos del Antiguo Testamento como los del Nuevo pasan a las diferentes versiones sin una traducción o aclaración adecuadas.

Robert Young, en su Concordancia Analítica, detalla como ayudas para la interpretación bíblica setenta tipos de modismos. Thomas E. Fountain, de modo mucho más simplificado, y limitándose a los hebraísmos, los reduce a cinco grupos: 1) Uso de lo absoluto por lo relativo. 2) Uso de lo relativo por lo absoluto. 3) Modismos de filiación. 4) Modismos de tiempo. 5) Antropomorfismos. Por nuestra parte nos limitamos a ofrecer algunos de los ejemplos más claros.

Uso de lo absoluto por lo relativo. Lucas 14:26. Aquí «aborrecer» a los seres queridos no debe interpretarse en sentido literal; se trata de una forma de expresar el amor superior que se debe a Jesucristo por encima de todo otro amor. La misma idea de preferencia encontramos en Malaquías. 1:2, 3, citado en Ro. 9:13. «A Jacob amé, más a Esaú aborrecí.»

Modismos de filiación. Se usan cuando se dice que una persona es «hija de» algo o de alguien y resulta evidente que la expresión no puede tomarse en sentido literal. En algunos casos puede indicar la idea de descendiente. Esto era lo que los judíos querían significar cuando exclamaban con orgullo: «¡Hijos de Abraham Somos!» (Comparece Mateo 3-9 y Lucas

3:8).

En otros textos, «ser hijo de» equivale a «participar de las características de». Cuando Jesús dice a los judíos incrédulos que eran hijos del diablo (Juan 8:44), está dando a entender —y así se expresa claramente en el resto del versículo— que se distinguen por los mismos rasgos de su «padre»: la mentira y el odio homicida.

De modo análogo, si bien en sentido del todo opuesto, se es «hijo de Dios» cuando se muestran la justicia y la misericordia de Dios (Mateo 5:45). Los «hijos de este mundo (o siglo)» (Lucas 16:8; 20:34) son quienes comparten los criterios, métodos sagaces —a menudo poco rectos— y formas de conducta de la sociedad secular. Los «hijos de desobediencia» (Efesios 2:2), aquellos cuyo distintivo principal es la rebeldía contra Dios, del mismo modo que un destino de ruina lo es del «hijo de perdición» (Juan 17:2; 2 Tesal. 2:3).

Todos estos hebraísmos son confirmados en los documentos del Qumram, en los que se hace mención de hijos de la verdad e hijos de perdición, hijos de Belial e hijos de la benevolencia de Dios, hijos del cielo, de la gracia, del mundo, etc

Modismos de tiempo. Uno de los más interesantes es el que hallamos en Mateo 12:40: («Así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches.») El texto plantea una dificultad, ya que Jesús estuvo en la tumba dos noches y no tres. Pero los judíos veían el día y la noche como

un periodo completo y una parte del mismo era equivalente a la totalidad. Lightfoot cita del Talmud de Jerusalén los dichos de dos rabinos: «Un día y una noche hacen una onah y una parte de la onah es como toda ella.» La comprensión de este modismo resuelve el problema relativo al tiempo que Jesús permaneció en el sepulcro.

Antropomorfismos. Dejando aparte las expresiones en las que se atribuyen a Dios órganos o miembros físicos («los ojos del Señor», «la boca de Yahvéh», «el brazo del Poderoso», etc.), en las que fácilmente se adivina su carácter metafísico, merecen especial mención aquellas en que Dios es presentado como un ser con reacciones típicamente humanas.

En Génesis 6:6, 7 leemos que Dios «se arrepintió» de haber creado al hombre. Lógicamente no podemos interpretar esa afirmación como si se tratara de un ser humano que se viera dolorosamente sorprendido por una gran decepción. Arrepentirse, en este caso, significaría que, a la luz de lo acaecido, si se pudiera volver atrás, haría las cosas de diferente modo.

A Dios nada le sorprende, pues es omnisciente y el futuro aparece ante Él tan real como el presente. Dios tampoco cambia en su esencia o en sus propósitos. Lo que el hebraísmo «arrepentirse» denota en su caso es que se ha producido una variación en su relación con el hombre rebelde a causa del pecado, o que —en palabras de Lange— «en consistencia con su inmutabilidad, asume un cambio de

posición respecto a un hombre cambiado».

Los ejemplos expuestos pueden ser suficientes para guiar al estudiante a descubrir los modismos cuando aparezcan en un pasaje del Antiguo o del Nuevo Testamento y a buscar la información necesaria para desentrañar su significado.

Sin menoscabo de cuanto llevamos dicho sobre el estudio gramatical, hemos de recordar lo que más arriba anticipamos: que los datos aportados por tal estudio no siempre son decisivos para la determinación del verdadero significado de una palabra o de una frase.

Hay contenidos semánticos que escapan a la mecánica de todo análisis morfológico o sintáctico. Podemos usar una frase con un verbo en indicativo, de carácter descriptivo, y, no obstante, su verdadero sentido puede ser otro diferente. A. C. Thiselton usa un ejemplo práctico: «Si yo exclamo: "¡Esto es veneno! puedo estar haciendo una declaración descriptiva. Pero puedo también estar expresando un imperativo urgente: "¡Rápido! Ve en busca de un médico"; o haciendo una advertencia: "¡Cuidado! No bebas esto."»

El significado de las palabras depende de su situación no-lingüística más que de la gramática.»

Quizá Ferdinand de Saussure exageraba cuando se refería al carácter arbitrario de las formas gramaticales. Pero su observación tenía un fondo correctivo útil que permite a la semántica desprenderse de las limitaciones impuestas por prejuicios lingüísticos anteriores. Hoy es opinión generalizada que la forma aparente de una proposición,

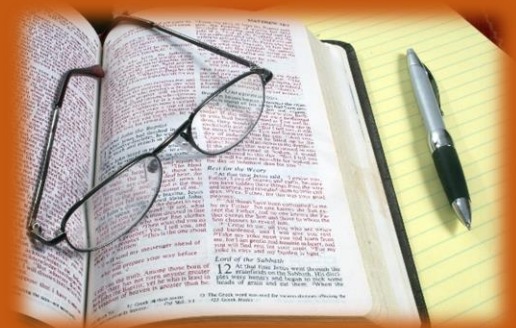
lógica gramaticalmente, no es necesariamente la verdadera. Recordemos como ilustración el momento en que Judas saluda a Jesús antes de estampar sobre su mejilla el beso de la traición (Mateo 26:49).

Sólo pronuncia dos palabras: Jaire, Rabbí.» Si nos atuviéramos estrictamente a la gramática, teniendo en cuenta que jaire es el imperativo de jairô (alegrarse), habríamos de traducir: «alégrate, Maestro», lo que lógicamente no expresaría el pensamiento de Judas, ni tampoco el evangelista. El jaire del apóstol traidor es una mera fórmula de salutación más o menos equivalente a «hola».

Las limitaciones de la gramática varían según los géneros literarios. En algunos de ellos, especialmente en la poesía, las declaraciones descriptivas o las proposiciones tomadas en su valor puramente gramatical tienen un valor relativo —o incluso nulo— si no se trascienden los límites de la literalidad. En conclusión: estudio gramatical del texto, sí; pero sin otorgarle funciones de árbitro supremo. La lingüística es más que la gramática. Y la hermenéutica más que la lingüística.

Hermenéutica I

Principios de interpretación



Ministerios Didaskalia
Derechos reservados
2020